

«con su talento penetrante, y cien y cien otros: en fin, si se tratase de luchar cuerpo á cuerpo con los enemigos de la fe, y de vengar los derechos de la Iglesia, ¿podría olvidar la vigorosa argumentación de Belarmino? Si quiero presentarme en el combate con armas de toda especie y prometerme una victoria segura, ¿podría descuidar los libros de oro de Dionisio Petau, muro glorioso elevado para la defensa de los dogmas católicos? A cualquier parte que vuelva los ojos, sea cual fuere el género de conocimiento que recorra, veo Padres de vuestra Compañía que se han hecho célebres en él.»

Tal era el juicio que hacia Ganganelli de los Jesuitas. En 1759 Clemente XIII pensó en condecorarle con la púrpura romana, por recomendacion de Lorenzo Ricci, general de la Compañía; y el P. Andreucci, que fue el encargado de tomar los acostumbrados informes, los dió tan favorables, que el Papa no vaciló mas tiempo, y el Franciscano se vió nombrado cardenal, debiéndolo al Instituto. En Lisboa los Jesuitas habian hecho nombrar ministro á Pombal, y en Roma ponian á Ganganelli en el camino del trono pontificio. En otro tiempo y con ánimos menos sedientos de novedades sociales, cuyas dolorosas consecuencias nadie preveía, Ganganelli hubiera hecho bendecir su nombre; hubiera pasado sobre el trono pontificio honrando la humanidad, y haciendo amar la autoridad apostólica. Pero ese carácter alegre y lleno de finura, ese corazón cuya expansiva franqueza sabia servirse con tanto arte del disimulo como de un escudo impenetrable, no estaba dotado de suficiente temple para desafiar las pasiones. Llegado al apogeo de las grandezas, Ganganelli pretendia reinar para satisfacer sus sueños. Si la tempestad que habia creído calmar con temporizando con los partidos no le hubiese llevado mas allá de sus deseos y de sus previsiones, hubiera dejado en los anales de la Iglesia una memoria, que hubieran glorificado indistintamente todos los buenos; pero por desgracia no sucedió así. Clemente XIV habia consentido, al menos tácitamente, en hacer todo cuanto la opinion dominante y los odios de los príncipes de la casa de Borbon exigian, para tornar á la Iglesia una paz, imposible en aquella época: entró en esa senda que su eleccion acababa de abrir, y la recorrió hasta al fin mas bien que cual sacrificador, como víctima.

Los primeros dias de su exaltacion fueron consagrados á las fiestas y á los abrazos diplomáticos. Clemente XIV estaba radiante

de alegría, porque se imaginaba que sus promesas dilatorias, sus lisonjas á los soberanos, y sobre todo su buena voluntad, apreciada solamente en palabras, le permitirían ganar tiempo, y que podría de este modo y con el auxilio de una sabia tolerancia, llegar á cicatrizar las llagas del mundo católico sin tener necesidad de herir la Compañía. Esta política, que estaba tan conformé con las miras de Luis XV, estaba muy distante de convenir al rey de España, Choiseul, Pombal y de Aranda. Los filósofos confiaban en Clemente XIV. El rey de Prusia Federico II era maestro y adepto de aquellos, pero les conocia desde mucho tiempo. Acostumbraba decir que si tuviese que castigar alguna de sus provincias la daría á gobernar á los filósofos. Quería recompensar la Silesia, y conservó en ella los Jesuitas, á pesar de los ruegos y los sarcasmos amenazadores de los enciclopedistas. La determinacion del rey de Prusia era irrevocable; de Alembert, sin embargo, le hacia tomar parte en la alegría que causaba á los incrédulos la eleccion de Clemente XIV, y el 16 de junio de 1769 le escribia¹: «Se dice que el franciscano Ganganelli no quiere dar ni aun para peras á la Compañía de Jesús, y que podría ser muy bien que san Francisco de Asis matase á san Ignacio. Me parece que el Santo Padre, por franciscano que sea, haria una gran necesidad en licenciar de esta suerte su regimiento de Guardias, para complacer á los príncipes católicos. Me parece que ese tratado se pareceria al de los lobos con los corderos, cuya primera condicion fue que estos entregasen sus perros: todos saben cuál fue el resultado. Como quiera que sea, será muy singular, Señor, que mientras que sus majestades cristianísima, muy católica, muy apostólica y muy fiel, destruyen á los granaderos de la Santa Sede, vuestra muy herética majestad sea la única que los conserve.»

De Alembert revela aquí bajo una forma ligera el pensamiento oculto de los filósofos: este pensamiento oculto es la sentencia de Clemente XIV pronunciada por los que á fuerza de halagos trabajaban para arrastrarlo á su ruina. El Pontífice titubeaba: el 7 de agosto del mismo año de Alembert escribia otra vez á Federico II: «Se dice que el Papa franciscano se hace tirar mucho de la manga para abolir á los Jesuitas². No lo extraño. Proponer á

¹ *Obras filosóficas de Alembert, correspondencia, tomo XVIII.*

² *Ibidem.*

«un Pontífice que destruya esa denodada milicia, es como si se propusiese á V. M. que licenciase su regimiento de Guardias.»

Estas confesiones tan llenas de previsiones revolucionarias y anticatólicas no se hacían sino en secreto: delante de la opinión y de la Santa Sede se obraba de muy distinta manera; propalábanse las imputaciones mas extrañas contra la Orden de Jesús; se la acusaba de que minaba los tronos y perdía á la Iglesia. El rey protestante no se dejaba engañar por aquellos odios, y el 3 de abril de 1770 respondía á de Alambert¹: «La filosofía, alentada en este siglo, se ha manifestado con mas fuerza y osadía que nunca. ¿Cuáles son los progresos que ha hecho? Diréis que se ha expulsado á los Jesuitas: convengo en ello; pero os probaré, si queréis, que la vanidad, las venganzas secretas, las cábalas y el interés, en fin, lo han hecho todo.» El enciclopedista no exigió la prueba, pues no la necesitaba; pero no por eso dejó de jugar la doble partida que tan bien les iba con sus adherentes de la corte, del ministerio, del parlamento y de la literatura.

Bernis habia sucedido al marqués de Aubeterre. Embajador de Francia cerca de la Santa Sede, y lleno de orgullo por la gratitud que le manifestaba el Papa, creía compartir con él el peso de los negocios. Por adhesión á Clemente XIV ó por un sentimiento de equidad en favor de los Jesuitas, se le veía hacer de mediador entre las impacencias de los ministros españoles y las insolencias de Pombal. El soberano Pontífice se manifestaba benévolo con todos, y pedia tiempo para estudiar la cuestión con madurez: Bernis se encargó de alcanzar algunas prórogas. Durante este intervalo se alejaban del Vaticano á los cardenales que habian dirigido los negocios en tiempo de Rezzónico. Aislaban á Ganganelli, y le persuadian lisonjeándole que con su política conciliacion y con el profundo conocimiento que de los hombres tenia le tocaba gobernar y verlo todo por sí mismo. Rodeábanle insensiblemente de prelados enemigos de la Compañía, tendían lazos á su amor á la paz, y le inducian á reñir, sin que lo notase, con los que hubieran podido ilustrar su ánimo naturalmente justo.

Esos sordos manejos, que bajo la protección de Bernis y Azpuru propagaban las ambiciones ó los odios locales á la sombra del

¹ *Obras filosóficas de Alambert, correspondencia, tomo XVIII.*

trono pontificio, no escaparon á la penetracion de Kaunitz, embajador de Maria Teresa. El 14 de junio de 1769 este diplomático se presenta en nombre de la Emperatriz en la audiencia del Papa, y le pide por el interés de la Iglesia que respete los deseos de su Soberana, la cual no consentirá jamás en que se extinga la Orden de Jesús. Clemente promete hacer cuanto pueda; en el espacio de cuarenta dias se niega dos veces á recibir al General de los Jesuitas que iba á cumplimentarle con motivo de las fiestas de san Luis Gonzaga y san Ignacio.

En un breve que empezaba con estas palabras: *Coelestium munerum thesauros*, Clemente XIV, el 12 de julio de 1769 concedía indulgencia á los Jesuitas misioneros, diciendo: «Derramamos voluntariamente los tesoros de los bienes celestiales sobre los que sabemos que procuran con gran ardor la salud de las almas, tanto por su encendida caridad hácia Dios y el prójimo, como por su celo infatigable en favor de la Religion. Como comprendemos en el número de esos ardientes operarios en la viña del Señor á los religiosos de la Compañía de Jesús, y en especial á aquellos que nuestro amado hijo Lorenzo Ricci tiene intencion de enviar este año y los siguientes á diversas provincias para ocuparse en ellas en la salvacion de las almas, deseamos también bien alimentar y acrecer por medio de favores espirituales la piedad y el celo emprendedor y activo de dichos religiosos.»

Al leer el breve otorgado segun la costumbre y en los términos ordinarios, las cortes de España, Nápoles y Parma elevaron las mas vivas protestas. Reclaman contra ese acto, que no es un testimonio de benevolencia del Pontífice, sino una costumbre inmemorial; se indignan de que la secretaría romana haya seguido en favor de la Compañía el protocolo adoptado. Los Jesuitas habian sido condenados en el tribunal de las potencias temporales, y no debían esperar, no diré justicia, pero ni siquiera indulgencia de la Santa Sede.

Clemente XIV procuraba granjearse el aprecio de Carlos III y de José II. Accedía á sus deseos, y no desatendía ni aun la mas insignificante de sus súplicas. Habíanse renovado las relaciones diplomáticas entre Roma y Portugal; suprimía la promulgacion anual de la bula *In Coena Domini*, y suspendía los efectos del breve por el cual habia su predecesor excomulgado al duque de Parma; pero esas concesiones de amistad no desarmaban los odios

de que era objeto la Compañía. El Papa conoció tan perfectamente su posición, que antes de que pasasen seis meses de su exaltacion escribía ya á Luis XV:

«Por lo que toca á los Jesuitas, no puedo ni acusar ni destruir un Instituto á quien han elogiado diez y nueve de mis predecesores. Lo puedo tanto menos, en cuanto ha sido confirmado por el santo concilio de Trento, y segun vuestras máximas francesas el concilio general es superior al Papa. Reuniré, si se quiere, otro concilio general, donde se discuta todo con justicia, y en el cual serán oídos en defensa los Jesuitas; porque les debo equidad y proteccion, como á toda Orden religiosa. Por otra parte la Polonia, el rey de Cerdeña y hasta el de Prusia me han escrito en su favor; así, pues, destruyéndola no puedo complacer á algunos príncipes sin que descontente á otros.»

Este plan entraba en las ideas del rey de Francia, pero ni se dejaba arrebatar de su carácter, como Carlos III, ni estaba conforme con los deseos de Choiseul y de los filósofos. El 20 de agosto de 1769 el ministro de Luis XV participaba al cardenal de Bernis sus proyectos ulteriores, y le instaba para que acabase de una vez con la Compañía de Jesús. Choiseul decia en este despacho con su acostumbrada ligereza:

«Yo creó: 1.º Que no debe confundirse la extincion de los Jesuitas con los demás objetos que se discuten, y de los cuales no se debe hablar al presente. Lo único que interesa por ahora es la extincion: todo lo demás se arreglará fácilmente cuando no existan los Padres.

«2.º Creo con el rey de España que el Papa es débil ó falso; débil en llevar á cabo lo que su talento, su corazon y sus promesas exigen; falso en cuanto procura halagar las coronas con esperanzas engañosas. En ambos casos son inútiles los miramientos; porque si es débil y le tratamos con consideraciones, lo será mucho mas cuando vea que nada tiene que temer de nosotros; y si es falso, sería ridículo dejarle concebir la esperanza de que nos dejaremos engañar. Esto se verificaria, monseñor, si esperásemos que el Santo Padre tuviese el consentimiento de todos los príncipes católicos para la extincion de los Jesuitas: vos conocéis muy bien cuántas demoras y dificultades acarrearía el tener que aguardar esto. La corte de Viena no dará su consentimiento sino con restricciones y mediante pactos venta-

ajosos. La Alemania lo dará con dificultad; la Polonia, excitada por la Rusia, lo negará para burlarse de nosotros, y la Prusia y la Cerdeña, estoy seguro de ello, harán lo propio. De esta suerte el Papa no logrará ciertamente reunir jamás este consentimiento de los Príncipes, y cuando sienta este preliminar, es como si nos tratase de niños, que no tienen ningun conocimiento de los hombres, de los negocios y de las cortes.

«Pero el Papa se burla realmente de nosotros cuando añade que es necesario añadir el consentimiento del clero al de los monarcas. Sabeis tan bien como yo, monseñor, que ese consentimiento del clero no podrá darse en la debida forma sino reuniendo un concilio, y que de hecho está asamblea no puede tener lugar en ningun país católico, sea por la voluntad de los Príncipes, sea por la del mismo Papa.»

«Cuando os escribí que declaráseis al Pontífice que los ministros del Rey se retirarian, conocisteis que esa amenaza era conminatoria, y que debía servir para que el Papa os pidiese que os quedáseis, y que escribiéseis al Rey que os permitiese permanecer á su lado, y para haceros respetar. Acabaré la historia de los Jesuitas poniéndoos delante un cuadro, que no dudó que os hará impresion. No sé si ha sido bien hecho desterrar á los Jesuitas de Francia y España; ellos han sido igualmente expulsados de todos los Estados de la casa de Borbon. Creo que ha sido peor aun, una vez desterrados esos religiosos, meter tanto ruido para pedir á Roma la extincion de la Orden, y advertir á la Europa de que se daba este paso. Este se ha dado, y ahora nos encontramos con que los reyes de Francia, España y Nápoles están en guerra abierta con los Jesuitas y sus partidarios. ¿Serán ó no extinguidos? ¿Se saldrán los reyes con la suya? ¿Ganarán los Jesuitas? Ved ahí la cuestion que agita los gabinetes, y que es el origen de las intrigas, de los enredos y de las dificultades que conmueven las cortes católicas. A la verdad no se puede mirar este cuadro con sangre fria, y confieso que si fuese embajador en Roma, me avergonzaria al ver en el P. Ricci un antagonista de mi amo.»

El General de los Jesuitas, natural de Florencia, tenia tal vez derecho para ponerse en oposicion con un príncipe extranjero, que después de haber desterrado á los Jesuitas de su reino, intrigaba para hacerlos proscribir de los Estados del Papa; pero es

cierto que Ricci no hubiera insultado jamás al hijo y heredero de su soberano. Choiseul no había temido ultrajar en sus virtudes al Delfin¹, que la Francia lloraba todavía, cuando este hombre de Estado dirigía á Bernis la extraña carta de que acabamos de citar dos fragmentos.

Este despacho turbaba la tranquilidad de Clemente XIV, é inquietaba á Bernis, en cuanto le dejaba entrever la posibilidad de que tuviese que abandonar su embajada de Roma, donde llevaba una vida de ostentación, de placeres decentes y de beneficencia artística. El Cardenal no vaciló. Luis XV solicitaba un plazo del odio siempre activo de Carlos III, y lo obtuvo; pero Bernis, Azpuru, Orsini y los cardenales ó prelados que seguían su bandera comprendieron que serían vanos cuantos esfuerzos se hiciesen cerca del Papa, mientras que no le arrastrasen más allá de sus intenciones más secretas. Era necesario cogerlo por sus ideas de justicia. Formuláronse acusaciones sobre acusaciones contra los Jesuitas, y se les atacó en detall, á fin de hacerles decaer del buen concepto del Pontífice que debía juzgarles. Clemente XIV veía por fin que su mansedumbre no era para él más que una engañosa ilusión, y que le exponía á los reproches de las cortes. Bernis le consolaba en sus angustias, y derramaba dulces palabras en aquel corazón llagado. Guiábale al abismo procurando cubrir de flores el camino que conducía á él. Mientras que Pombal y Choiseul por un lado, y Moñino, Roda, Grimaldi y el duque de Alba por otro, no cesaban de apresurar la extinción de los Jesui-

¹ En la *Historia de Francia durante el siglo XVII*, por Lacroix, tomo IV, pág. 34, se lee: «Durante los debates sobre los Jesuitas, el Delfin propuso de hacer un esfuerzo en su favor. Hizo poner en manos del Rey una memoria en que había muchas quejas contra el duque de Choiseul, y donde se revelaban ó suponían sus intrigas con algunos jefes del Parlamento para llevar á cabo la extinción de la Compañía. El Rey pareció conmoverse, y durante algunos días recibió con frialdad á su ministro. Pronto empero supo este por la marquesa de Pompadour los medios que contra él habían empleado sus enemigos. Osó quejarse con calor del Delfin y de sus consejeros; fué á encontrar al Príncipe para demostrarle la falsedad de las denuncias de que se había constituido órgano, y llegó á desafiarle con su odio dirigiéndole estas palabras: *Puedo ser condenado á la desgracia de ser vuestro súbdito, pero jamás seré vuestro servidor.*»

Después de semejante insolencia es difícil explicarse el extraño pasaje de la carta de Choiseul, en que declara que sería vergonzoso ver al P. Ricci antagonista de su amo.

tas; el embajador de Francia, que acaso sólo buscaba expedientes para retardarla, empeñó al Pontífice en un paso que iba á acelerarla. Carlos III había denunciado al gabinete de Versalles la lentitud con que obraba el Cardenal diplomático. Acusaba su buena fe, exigía que fuese relevado de su destino, y amenazaba á Roma. Bernis no encontró más que un medio de conjurar esa tempestad, y fue suplicar al soberano Pontífice que escribiese al rey de España. Clemente XIV, acosado, vencido por los que le asedian sin descanso, y creyendo eludir aun sus instancias, se resigna á pedir que le den tiempo para llevar á término la extinción del Instituto; pero al reconocerlo indispensable, añade que «los individuos de la Congregación habían merecido su destino por su carácter turbulento y la audacia de sus manejos.»

El 29 de abril de 1770 el cardenal Bernis se alaba del golpe maestro que acaba de ejecutar. Para volver á ganarse el aprecio de Choiseul y de los filósofos, dice: «No está la cuestión en saber si el Papa deseaba ó no evitar la supresión de los Jesuitas; sino en si Su Santidad puede, después de las promesas formales que ha hecho por escrito al rey de España, dispensarse de cumplirlas. Esa carta que le hice escribir al rey católico le liga tan fuertemente, que está obligado á terminar la obra á pesar suyo, á menos que cambiase de opinión la corte de España. Solo puede lograr algo del tiempo; pero aun los retardos están limitados. Su Santidad tiene demasiado talento para no conocer que si el rey de España hiciese imprimir la carta que le ha escrito, se deshonraría á sí mismo si se negase á cumplir su palabra y á extinguir una Sociedad de cuya destrucción ha prometido comunicar el plan, y cuyos individuos considera como peligrosos, inquietos y turbulentos.»

Clemente XIV estaba ligado. Con su carácter enemigo del bullicio, y que se hubiera contentado con que le dejasen tranquilo en el trono, era indudable que más ó menos tarde le obligarían á cumplir aquella solemne promesa. La Francia y la España le dejaron respirar durante algunos meses; sin embargo, como si la persecución debiese cebarse siempre en aquel anciano coronado, Pombal y Tannucci continuaron las intrigas de Choiseul y de Aranda. No tenían, sin embargo, la elegancia insolente de sus maestros, y se mostraron groseros en su proceder. Esos últimos ultrajes irritaron al pueblo romano. El Papa detestaba el prestigio de

las ceremonias religiosas, y gobernaba con repugnancia. El poco apego que tenia á los hombres le hacia mirar con desprecio los negocios. No tenia por confidentes mas que dos religiosos de su convento de los Santos Apóstoles, llamados Buontempi y Francesco. Desviaba de su trono los cardenales y los príncipes. Á esos motivos de descontento interior agregábase la carestía, consecuencia inevitable de una mala administracion. El Papa vió desvanecerse aquella popularidad, cuyos primeros transportes habian sido tan gratos á su alma. Los Padres del Instituto creyeron que aquella situacion volveria al Pontífice á ideas mas justas, y que podrian trabajar unidos en la gloria de la Iglesia. Hallábanse tan completamente apartados del movimiento de los negocios, que el P. Garnier, antiguo provincial de Lyon, y asistente entonces interino de Francia, escribia desde Roma el 6 de marzo de 1770: «Los Jesuitas saben que se solicita su abolicion; pero el Papa guarda un secreto impenetrable acerca de esto. No ve mas que á sus enemigos. Los cardenales y los prelados no son llamados nunca al Vaticano, ni se acercan á él sino en las funciones públicas.» Y el 20 de junio el mismo P. Garnier escribia aun á sus hermanos: «Los Jesuitas no se ayudan; no saben ni pueden auxiliarse siquiera, y están tomadas muy bien todas las medidas contra ellos. Aquí se hace correr la voz, lo mismo que en Paris, que es negocio concluido, y que está dado el golpe.»

En ese momento fue cuando la caída del duque de Choiseul vino á reanimar las esperanzas de los amigos de la Compañía. Después de haber sido el mas obsequioso cortesano de madama de Pompadour hasta la muerte de esta mujer, no queria saludar en madama du Barry los deplorables caprichos de Luis XV. El orgullo derribó á ese hombre de Estado del apogeo de los honores. El 25 de diciembre de 1770, Choiseul tomó el camino del destierro, y el duque de Aiguillon fue llamado á sucederle. El nuevo ministro habia estimado y defendido siempre á los Jesuitas. Subia al poder en el momento mas oportuno; porque el pueblo, cansado de las prodigalidades de Choiseul, aplaudia su desgracia, al paso que los comerciantes, los parlamentarios y los filósofos se condolian de su protector. De Aiguillon tenia que vengarse del Parlamento, y lo castigó disolviéndolo, como lo hiciera él con la Compañía de Jesús. Mostróse desapiadado con los magistrados que habian sido inexorables con los Jesuitas; proscribió

á los que los habian proscrito. Pero en esa rápida revolucion no se hizo sentir ni de cerca ni de lejos la mano de los Padres, deserrados tiempo hacia del reino. De Aiguillon y el canceller Maupeou tenian otras miras. Madama du Barry, y eso es un homenaje indirecto que prestó á la virtud de los Jesuitas, no pensó en reconstruir el edificio que su antecesora habia derribado. Sin embargo, al saber los cambios que se efectúan en el ministerio y en la corte, el Papa juzga que se le concederán algunos meses de respiro. Luis XV no tenia el imperioso Choiseul que le dictase órdenes; y de Aiguillon no debia violentarle en este punto. El Rey y su ministro pedian que se dejase al Papa su libertad de obrar; pero era preciso contemporizar con Carlos III de España. A fin de consolarle de la desgracia de Choiseul, de Aiguillon consiente en hacer causa comun con los enemigos de los Jesuitas. El poder le habia tentado. Quiere dar alguna prenda al gabinete de Madrid para desarmar sus recelos. Hacia tiempo que Carlos III sospechaba que el cardenal Bernis procedia con mucha lentitud en todas sus diligencias, y de Aiguillon le da una prueba de ello, entregando á Pignatelli, conde de Fuentes, embajador de España en Paris, los despachos del representante de Francia en Roma. Una vez consumada esta infamia, Carlos III y el duque de Aiguillon trazaron un nuevo plan de campaña.

Habiendo fallecido en esto Azpúru, el rey de España nombra á Francisco Moñino para reemplazarle en sus funciones diplomáticas cerca de la Santa Sede. Moñino, que se ha hecho célebre en la historia con el nombre de Floridablanca, no conocia aun por experiencia los funestos resultados de las revoluciones, y las secundaba sin pensar que algun dia habia de ser uno de sus mas constantes adversarios. Hallándose á la sazón en toda la fuerza de la edad y de las pasiones ambiciosas, se sacrificaba por el Príncipe que le habia sacado de la oscuridad para que desplegara sus talentos. Tomaba parte en el negocio de los Jesuitas como un medio de hacer fortuna, y en su consecuencia llegó á Roma, resuelto á hacer que cediesen ante su incansable tenacidad las últimas resistencias del Pontífice. Clemente XIV sabia que era intratable, y no ignoraba que el duque de Aiguillon habia mandado al cardenal de Bernis que secundase en todo y por todo las medidas que Floridablanca creyese deber adoptar. La llegada de ese negociador emprendedor destruia las dilaciones del Cardenal, y llenaba